

EDUARDO MARTINEZ Y REBOLLO.

LA VIRGEN DEL CÁRMEN

POEMA DESCRIPTIVO

PREMIADO EN EL CERTÁMEN DE «EL DIARIO»

1889.



MURCIA,
Imprenta de «El Diario»,
Sociedad, 10.



R388002

DAU,
19056

Ht. 242223

C.B 1487528

E. MARTINEZ Y REBOLLO.

LA VIRGEN DEL CÁRMEN

POEMA DESCRIPTIVO

DE SUS FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES

EN MURCIA

PREMIADO EN EL CERTÁMEN DE «EL DIARIO»

1889.



MURCIA,

Imprenta de «El Diario»,

Sociedad, 10.

Á la Virgen del Cármen.

Lema: ¡Por tí!

I

INTRODUCCIÓN

¡Múrcia! ¿duermes? Responde á mi reclamo.
Yo, el trovador que tu belleza siente,
llego á tus puertas y anhelante llamo.
Ansioso de entonar himno ferviente
traigo en la diestra la dorada lira,
que vibra con el eco del torrente
y con el llanto del dolor suspira.

Oscuro bardo, errante,
do quiera busco un átomo sonoro,
una chispa de fuego centellante;
algo en que vibre el inmortal tesoro
que esconde la belleza,
para arrancarle una canción brillante
que iguale, sin baldón, á tu grandeza.

Mas ¿dónde encontraré, Múrcia querida,
para empresa tan alta
la ardiente inspiración que me hace falta?
¿dónde la nota que á cantar convida?
Poeta, enamorado
de tu gloria y de tí, pasé mi vida
durmiendo en tu regazo perfumado,
envuelto entre tus flores,
de mágicos hechizos rodeado

y preso el corazón, por tí abrazado,
con sueños de castísimos amores.

Por tu suelo querido
he visto resbalar la forma bella
de la mujer por quien feliz he sido,
como en el ancho azul cruza una estrella.
En tu regazo suave
dulcísimas plegarias he aprendido,
como aprende sus cánticos el ave
en la mullida comba de su nido.

Consagrándote entera el alma mía,
no ví la poesía
más allá de tus vastos horizontes,
donde renace y donde muere el día
tras la gigante curva de tus montes.
Sin tí, mi corazón postrado y frío
no viera de tu río
el reflejar brillante,
ni al desprenderse en gotas el rocío
viera en cada una de ellas un diamante.
Ni en el rumor de tu frondosa vega,
que hermosa se despliega,
percibiera los sonos
de excelsas vibraciones;
sonora catarata
que en el templado ambiente
aérea se desata,
discurre sobre acacias y rosales
vibrando como liras y cristales,
produciendo en sus giros
murmullos y suspiros,
rumor de besos y de mansas fuentes,
trinos de aves, rugidos de torrentes,
roce de hojas, crugir de terciopelo,
¡gigante sinfonía
desbordada, no más, bajo este cielo

que tiene por fanal la pátria mía!

¿Dónde, pues, he de hallar inspiraciones
más que en tu seno, reina del Segura,
si el corazón te siente en su ventura
latir con sus alegres pulsaciones?

Por eso llamo á tus doradas puertas,
y reclinado en tu regazo blando,
cabe la alfombra de tus vastas huertas
para mi empresa ayuda te demando.

Deja que dentro tu mansión serena
aspire de tu ambiente
la grata esencia que el espacio llena;
que en tu albo resplandor bañe mi frente
y que el mágico son de tu armonía
inspire al alma inmortal poesía.

Hoy necesito para hacer mi canto
cuanto de bello y grande en tí se encierra:
las filigranas de tu régio manto,
las perfumadas brisas de tu sierra;
la suavidad y aromas de tus flores,
de los amantes el ardiente anhelo,
el trino de tus pardos ruiseñores,
la transparencia de tu hermoso cielo.
Dámelo todo y cesen los rumores
que se alzan de tu suelo...
¡Vengan un punto á detener el vuelo
prestándome sus ecos seductores,
porque canto á la Virgen del Carmelo!

II

EL ESCENARIO.—SILUETAS.

En un confín de España que el sol ardiente dora,
sobre un jardín inmenso de austral vegetación,
do arraiga entre las flores la palma cimbradora,
gallarda surge Múrcia, gentil sultana mora
que ostenta entre sus armas un régio corazón.

Cuando la luna su ancho perímetro ilumina,
sus rayos palpitantes vertiendo encima de él,
oculta entre los pliegues de pálida neblina,
un árabe parece, tendido en la colina,
soñando con huríes, envuelto en su alquicel.

El Tháder caudaloso sus ondas vá rodando
sobre la verde alfombra de encajes y de tul,
risueño por su cáuce cantares exhalando
y limpios sus cristales un cielo retratando
lujoso de arreboles y trasparente azul.

Como cintillo enorme de plata fulgurante,
forjado con reflejos de luces de diamante,
á Múrcia el manso río divide por mitad,
ciñéndola amoroso, como rendido amante,
celoso separando del Barrio á la Ciudad.

Mas nó su afán consigue; que vence su coraje,

tendido de las ondas sobre el sutil cristal,
un puente construido de piedras y de herraje,
que forman el más ténue y el más flexible encaje
que el arte ha fabricado con rocas y metal.

Del río la corriente serena y sosegada
refleja una ribera de perenal verdor,
y huertos de naranjos de esencia regalada,
y campos como mares, donde la mies dorada
ondula y se retuerce gimiendo de calor.

Y cúpulas altivas y agujas y veletas
que fúlgidas flamean heridas por la luz,
vibrando sus imágenes al reflejarse inquietas,
de amor estremecidas porque se ven sujetas
en la región del aire por la cristiana cruz.

Por cima sobresale, con sin igual audacia
lanzada á las regiones del mundo sideral,
donde con nubes juega y entre la luz se espacia,
modelo en proporciones, prodigio por su gracia,
la torre de la vieja y altiva Catedral.

Ciñendo sus cortornos, como diadema blonda
dorada por los rayos del rutilante sol,
de la ciudad las calles girando á la redonda,
se enroscan y se aprietan y forman la ancha onda
que encierra lo más bello del ámbito español.

Las noches sosegadas, ciñendo una diadema
forjada por luceros de eterno resplandor,
con músicos rumores, de amor constante emblema,
construyen el gallardo, magnífico poema,
que entona el universo cantando á su Hacedor.

Y todo es grande y bello, poético, salvaje,
con el salvaje aspecto de un suelo vírginal,
sostén de un soberano, bellísimo paisaje,

formado de anchas blondas, de túles y de encaje,
de rosas y esmeraldas, de perlas y cristal.

III.

EL CARMEN

En este divino suelo
que tanta hermosura ostenta;
donde Dios ha derramado
su primor á manos llenas,
haciéndolo paraíso
de constantes primaveras;
donde la luz siempre brilla
con fulgores de diadema,
y las aves y las flores
vierten sus trinos y esencias,
cuando el sol las acaricia
ó los luceros las besan;
en este suelo querido,
y en un rincón de mi tierra,
tan poético y risueño
como nuestra edad primera,
hay una iglesia bendita
entre dos torres pequeñas,
que en sus flancos se levantan
como ingentes centinelas.

«El Cármen» la llama el pueblo,
por que en ella se venera
con ese nombre dulcísimo
á nuestra Virgen excelsa.

¡Cármen! Hermosa palabra
grata cual la miel hiblea,

como el aroma del nardo
y el blancor de la azucena;
jardín de la Andalucía
de arrayanes y de adelfas,
frescura de manantiales
que discurren sobre arena,
grato rumor que se exhala
de las amantes promesas,
calor del dulce regazo
de la madre que nos besa...
¡Cármén! ¿Por qué esta palabra
en mis oídos resuena
con armonías tan dulces,
con inflexiones tan tiernas?...
—¿Por qué?— ¡Por que soy murciano
y la llevo en mi alma impresa!

—
Como centro donde giran
alrededor los planetas,
así la iglesia del Cármén
se construyó de manera
que, quien á Múrcia abandona
y todo el que á Múrcia llega,
ha de cruzar por sus atrios
y pasar junto á sus puertas,
murmurando una plegaria
que en sus labios aletea.

Ora es el pobre soldado
que á su dulce hogar regresa;
ora la madre que gime
de sus hijos por la ausencia;
acaso el jóven que parte
en demanda de riquezas,
dejando tras sí á la vírgen
que ilumina su conciencia:
la que al partir, en el pecho,
por que le ampare y defienda

le prendió el escapulario
que su madre prendió en ella
con la imágen de María,
cuando le dió la existencia.

¡Ah! cómo alivias del triste,
Virgen del Cármen, las penas:
cómo por tí, de la vida
libramos la cruda guerra,
porque tu aliento divino
cristiano valor nos presta.
Y cómo, al mirar tus torres,
volviendo de extrañas tierras,
nuestras almas se dilatan
con esperanzas supremas..,

¡Salve, divina Señora!
¡Dios te salve, Madre nuestra!
No me abandones un punto
y permite que te vea,
al hallarme en la agonía,
sentada en mi cabecera,
con el Niño entre tus brazos
y alargándome la diestra.

IV.

LAS NOVENAS

Gime el río de coraje
saltando el azud, hirviente,
viendo otro río de gente
atravesar el herraje
de su magnífico puente.

Que lo vence en su bravura,
y en su gala y bizarría;
porque el que arriba fulgura,
es de seda blanca y pura
con olas de pedrería.

De tal modo y con luz tal
bulle el inmenso gentío
entre el récio barandal,
que no se sabe cual río
es el río de cristal.

En inmenso remolino,
desde que Febo declina
con su carro diamantino,
cruza, en falange divina,
mujerío peregrino.

Allí la dama elegante,
de belleza y gracia sumas,
se confunde breve instante

con la huertana arrogante,
de zagalejos de espumas.

Y modestas y orgullosas
se atropellan en montón,
y resaltan más hermosas,
más gallardas y briosas
las muchachas de mantón.

Tal á una inmensa avalancha
que rueda y se arremolina
y se extiende en ola ancha,
hácia el Cármen se encamina
y por el Barrio se ensancha

Aquella masa de gente
que reluce y cabrilléa,
que se estremece y ondéa,
como gigante serpiente
que el sol tropical caldéa.

Abiertas de par en par
las puertas del gran crucero
de la iglesia secular,
parecen un hormiguero
con tanto salir y entrar

Del pueblo, que se encadena
como inmensa procesión,
y que de fé el alma llena
se dirige á la novena
á rezar una oración.

El templo, que está adornado
desde el sagrario hasta el coro
de flores y de brocado,
por mil luces alumbrado
parece un áscua de oro.

Allí las cantoras aves
confunden sus melodías
juguetonas y suaves,
con las del órgano, graves
y severas salmodías.

Allí, con sus resplandores,
el sol se desliza ileso
por los vidrios de colores,
posando furtivo beso
sobre acantos y labores.

Y en el perímetro extenso
la santa oración fulgura,
encaminándose pura
con el humo del incienso,
aleteando, á la altura.

V.

LAS VERBENAS

Ya en la cóncava techumbre
el sol con sus rayos no arde:
que está apagada su lumbre
y está dormida la tarde.

Ya en el lejano horizonte,
sobre tintas, gualda y plomo,
se asoma la luna al monte
y rueda sobre su lomo.

Ya los luceros chispéan
bordando el azul sombrío,
y sus luces cabrilléan
sobre las ondas del río.

La brisa, fresca resbala
sobre la frente encendida;
y el acre olor que se exhala
de la tierra humedecida,

Y los perfumes de azahar
que fluyen de la ribera,
dan al tiempo y al lugar
carácter de primavera.

Ya es mas dulce el movimiento
con que la gente transita,

y parece, que un momento
aletargada, dormita.

Pero es que toma descanso
para cobrar mayor brío,
como suele, en el remanso
parar su corriente el río,

Para lanzarse á la angosta
garganta, con el coraje
con que se estrella en la costa
el espumoso oleaje.

Por eso, cuando encendidos
sus penachos lanza el gas,
de la ciudad los sonidos
se acrecientan mucho más,

Y músicas vibraciones
en sus alas lleva el viento,
cuyos ecos juguetones
repercute el firmamento.

Bullendo otra vez garrida
por todas partes la gente,
que se encuentra comprimida,
encauzada por el puente,

Se abre en la Plaza un instante,
hallando salida franca,
para volver jadeante,
entrando en «Floridablanca»,

A estrecharse y retorcerse,
como reptil gigantesco,
hasta que logra extenderse
por el «Jardín» pintoresco.

Allí es todo animación:
todo bulla placentera,
todo alegre y juguetón
como sol de primavera.

En torrentes palpitantes
la luz ténue se desborda,
y los encajes flotantes
de las alamedas borda,

Girando en sus luces pálidas
las murcianas más hermosas,
como brillantes crisálidas
con élitros de oro y rosas.

Doquier rostros hechiceros,
doquiera talles gallardos,
y en todas partes floreros
con ramilletes de nardos.

Y en aquella batahola
y entre aquella confusión
todo explende y tornasola
en constante irradiación,

Y el celaje es un joyero,
cada niño un serafín,
cada brisa un pebetero,
cada mujer un jardín.

VI

EL DIA DE LA VÍRGEN

I

Las calles.

¿Qué población es aquella,
que en la orilla se levanta
de aquel caudaloso río,
cuyas juguetonas aguas
la acarician y la besan,
la reflejan y la bañan?

¿Cuál es, que hermosa la ciñe
una ribera lozana,
como espléndida corona
de soberbias esmeraldas?

¿Cuál es, que según es bella,
inspiradora y gallarda,
parece á Vénus saliendo
de las espumas de plata?

¿Cuál es la del suelo llano,
del que brotan delicadas
las esencias de las rosas,
de los naranjos y acacias?

¿La de ese cielo ardoroso,

cuya techumbre azulada,
en estas noches de estío
chispéa como una frágua?

Donde penachos de estrellas,
flamígeras, se derraman,
y titilan temblorosas
y se encienden y se apagan,
y ora cruzan el espacio
con vertiginosa danza,
con carrera aterradora,
como espíritus que vagan,
dejando tras sí en el éter
estelas de luces pálidas,
ora parecen pupilas
de vírgenes encantadas?

—¿Que cual es?—Pues esa es Múrcia:
la gloria de Dios... ¡mi pátria!

Hoy de la Virgen del Cármen
celebra con algazara
el gran día, y su entusiasmo
enloquecedor estalla.

Mirad al Bárrio: parece
un fanal de filigrana,
un girón que se ha arrancado
del palacio de la Alhambra;
un ramillete de flores
sobre etrusca porcelana.

Mirad sus calles: do quiera
muchedumbre abigarrada
circula, bulle, se agita
como espléndida avalancha,
por entre arcos de follaje,
bajo luces venecianas
y mantones de Manila

y relicarios de plata.

Allí, en honor de la Virgen,
aquella gente bizarra,
tira al viento y dá al arroyo
lo mejor de cada casa;
la cubierta de damasco,
que huele al olor del arca,
las pulseras de oro fino,
el collar de perlas blancas,
el mantón bordado en sedas,
con flecos de media vara:
y hasta el pobre que no tiene
atavíos de lujo y gala,
hace un farol de colores
y lo cuelga en su ventana.

La procesión

Las campanas con sus sonos
agitan al firmamento,
y sus férreas pulsaciones,
con alegres vibraciones
se difunden por el viento.

De la iglesia alrededor
se agolpa inmenso gentío,
que produce ese rumor
altisonante y bravío
del enjambre zumbador.

Ocupando las aceras,
como muralla viviente
se arremolina la gente,
en apretadas hileras,
desde la iglesia hasta el puente.

Semejando el movimiento
del gentío, al ondular,
al oleaje violento
con que arruga el crudo viento
la superficie del mar.

Súbito se abren las puertas:
ceja la gente y oscila
al verlas de pronto abiertas,

y gira, bulle, vacila
trazando curvas inciertas.

Al piafar de los overos,
que gimiendo de coraje
rompen marcha los primeros,
manchando de espuma, fieros,
los frenos y el atalaje.

Y aumentan la confusión;
abajo, el rujir tronante
de aquel humano turbión,
y en el áire el ronco són
del campaneó vibrante.

Mas todo queda en reposo,
al desplegarse á la luz,
severo y magestuoso,
el estandarte lujoso
coronado por la cruz.

Le siguen dos apretadas
hileras, bien divididas,
paralelas y ordenadas,
de gentes endomingadas
y con hachas encendidas.

Después, con régio decoro
caminan dos monaguillos
llevando incensarios de oro,
y precedidos de un coro
de sochantres é infantillos;

Apareciendo al final
la Madre de Dios sagrada,
sobre su carro triunfal,
solemnemente escoltada
por el clero parroquial.

Entonces la muchedumbre
ruge, grita y enloquece
del entusiasmo en la cumbre,
y su clamor estremece
del cielo á la azul techumbre.

«¡Viva!» prorrumpe en un grito
tan formidable, que aterra;
que llenando el infinito,
hace temblar de la tierra
las entrañas de granito.

Y entre vivas y clamores
y repicar de campanas,
vá el *Amor de los Amores*,
bajo una lluvia de flores
que le arrojan las murcianas,

LA VACA.—EL CASTILLO.

«¡Fuera! ¡la vaca, la vaca!»
grita por el Matadero
una ronca voz que pone
á la gente en movimiento,
haciendo que se atropelle
desatentada corriendo,
empujándose y rodando
en pelotones deshechos.

«¡Fuera! ¡la vaca, la vaca!»
y se aparece, en efecto,
jadeante y con la cola
sus ijares sacudiendo.

Entonces, como barrida
por huracanado viento,
la multitud se repliega
trazando círculo estenso
donde la rés queda sola,
desafiando, en el centro.

Y siempre existe un osado
con ribetes de torero,
que sale á echarle una suerte
con su faja ó su pañuelo,
de la que sale alcanzado
y mal ferido y maltrecho.
Siendo de ver cómo entonces,
apretando el vasto cerco,

al animal acorralan,
acosándolo y asiéndolo,
hasta que al fin se les rinde
y se lo llevan en peso
cabalgando en su ancho lomo
seis ó siete rapazuelos.

—
Mas ya la noche ha cerrado:
el Barrio, en sombras envuelto,
no se vé; mas se presiente
cómo se agita en silencio
con el vaivén incesante
con que bulle un hormiguero.

Ya todo oscila indeciso
con las formas de un ensueño,
cuyos borrosos perfiles
se escapan al pensamiento.

Todo es sombra en el paisaje
y solamente en el cielo
resplandecen las estrellas
sin que alumbren sus reflejos.

Pero de pronto, rojiza,
con resplandores siniestros,
cárdena luz se derrama
por chispeantes mecheros,
que el ancho espacio ilumina
del paisaje pintoresco,

Y se vé á la muchedumbre,
como bandada de insectos
que agitan sus ténues alas
alrededor de un incendio;
y los astros palidecen
y se inflama el firmamento.

Es que el *castillo* ha empezado
con sus fantásticos juegos
á tejer, con hilos de oro,
candente red sobre el pueblo.

Ora es la estrella que gira
con inflamados cabellos,
ya el penacho de cohetes
que ascienden con ráudo vuelo
y culebrean y estallan
en las regiones del viento;
ora es la bomba que cruza,
ora el gallardo chispero
que en la altura se deshace
como lluvia de luceros.

Brillan las aguas del río
con metálicos reflejos,
y del gran Floridablanca,
sobre el pedestal egregio,
se reviste la escultura
con aureolas de fuego.

Centelléan la agujas
y las cruces de los templos,
y parece la ancha esfera
un horno gigante ardiendo,
de cuya roja techumbre
se exhala el clamor que el pueblo
produce vitoreando
á la Virgen del Carmelo.

VII

CONCLUSIÓN

No se escucha ni un rumor:
todo duerme, todo calla
con silencio aterrador:
como el que sigue al fragor
de los campos de batalla.

Ni la brisa murmurante
por la alameda se escucha:
Múrcia duerme jadeante,
como se duerme un gigante
después de tremenda lucha.

Ni el sonido más lejano
llega al alma fatigada:
que están mudos monte y llano
y el celaje soberano
de la bóveda estrellada.

Tan solamente del río
se percibe el ronco són
profundo, sordo y sombrío,
como el latido bravío
de un gigante corazón...

—
¡Duerme, ciudad perfumada,
sin sobresalto ni pena,
como virgen reclinada

sobre la frente serena
de su madre idolatrada!

¡Duerme, sin torpe recelo
sobre tu alfombra mullida;
que la Virgen del Carmelo
vela por tí desde el cielo,
á tu amor agradecida!...

Y tu, celestial Señora,
madre del Verbo divino,
que habitas donde la aurora
toma luz y se colora
con resplandor purpurino;

Recoje los tembladores
murmullos de mi canción:
que en ella ván, con las flores
de mi tierra, los amores
de mi ardiente corazón.

FIN.